

**Apuntes de la Presentación de Escuela de comunidad
con Davide Proserpi y S.E. monseñor Filippo Santoro
en conexión por video desde Milán, 15 de marzo de 2023**

Texto de referencia: L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Encuentro, Madrid 2022, pp. 86-118.

Filippo Santoro

Recemos un *Ave María* por las guerras actuales, por las víctimas de las guerras actuales, en Ucrania y en otros 169 países del mundo. Se trata sin duda, como dice el papa Francisco, de una guerra mundial en acto, ya no solo a pedazos. Pidamos también por las víctimas del terremoto, los naufragos de Cutro y por todos los que se han ahogado en el mar. La oración es justamente pedir al Misterio que acoja a los difuntos e ilumine las mentes de quien tiene responsabilidad, en tierra y en mar.

Ave María

Davide Proserpi

Buenas noches. Esta es la última presentación del trabajo de Escuela de comunidad sobre *Dar la vida por la obra de Otro*. Como ya se ha indicado, después de los Ejercicios de la Fraternidad empezaremos a trabajar sobre *El sentido religioso*. La finalidad es la de retomar todo el curso básico de don Giussani –*El sentido religioso, Los orígenes de la pretensión cristiana, Por qué la Iglesia*–, que en los próximos años constituirá nuestro trabajo fundamental de formación, la catequesis adulta del movimiento, tal como ha sido desde los inicios. En el último mes y medio hemos trabajado sobre «Dios y la existencia» –desde la última presentación con don Filippo–. Han llegado muchas preguntas. Ahora, para no alargar demasiado el trabajo de esta noche, que quiere dejar espacio para presentar la parte sucesiva del texto que trabajaremos de aquí a los Ejercicios de la Fraternidad, hemos elegido dos que resumen la mayoría de las contribuciones recibidas y también sintetizan el camino que hemos hecho. A todas las demás preguntas podrán responder detalladamente vuestros responsables locales.

Esta es la primera pregunta: «*La reducción del corazón a sentimiento*. Tomamos al sentimiento, en vez de al corazón, como motor último, como razón última de nuestro actuar. [...] En cambio, el corazón representa y actúa como el factor fundamental de la personalidad humana [...]. Para ser dignos los estados de ánimo tienen que tener otra finalidad muy distinta, la de ser una condición puesta por Dios, el Creador, a través de la cual nos purifica» (pp. 78-79). Pido ayuda en esto, si es posible. Gracias».

Santoro

Gracias, Davide. Buenas noches a todos los presentes y a todos los que nos seguís online. ¿Qué es el corazón y qué es el sentimiento, el estado de ánimo? Para empezar a responder, parto de mi experiencia brasileña. Para ir a dar clase recorría en coche el camino que iba desde la parroquia donde vivía hasta el seminario. Llegaba a un cruce donde siempre había un vendedor ambulante que me quería vender pañuelos y otras cosas. A menudo me paraba a comprarle algo. Una mañana mi sentimiento estaba lleno de preocupaciones por varias cosas. Entonces llegué al cruce y me encontré con este tipo desastrado vendiendo sus cosas, como siempre: «Padre, ¿qué tal?». Insistió: «Padre, ¿qué tal?». Yo respondí seco: «Esta mañana no tengo ganas de comprar nada». Me contestó: «¡Pues yo esta mañana tengo ganas de venderlo todo porque tengo que mantener a mi familia!». Con aquella frase me “conquistó”. Mi primer sentimiento era momentáneo, es decir, un estado de ánimo preocupado por otras cosas, pero cuando me dijo que tenía que mantener a su familia entró en acción mi corazón. Entonces exclamé: «¡Genial! Dame una caja de pañuelos». Por tanto, no hay que confundir las cosas. El corazón es la unidad de sentimiento y razón ante el significado, que es la razón de la vida, la razón de la acción que estoy viviendo. El sentimiento es algo que hay que acoger, valorar y, como dice don Giussani, enfocar. Es lo que me permitió interesarme aún más por aquel vendedor.

Para seguir respondiendo, os leo dos testimonios. Uno que se leyó durante la Jornada de apertura de curso de 1994. Gloria, que entonces estaba de misión en Kampala, en una casa del Grupo Adulto con Rose y otras tres amigas que se dedicaban a la atención domiciliaria de los enfermos más graves de SIDA, escribió: «Una mañana, al despedirme de Rose, me dijo: “Pide a la Virgen que hoy no te asustes al ver cómo se te presentará Cristo”. Con estas palabras en el corazón me fui con Claudia a la cárcel de menores. Todo me repugnaba: el olor, la inmundicia, la sarna, los piojos. En aquel momento, recordando las palabras de Rose, comprendí que la petición coincidía con la postura de mi persona, con mi gesto. Estar allí, delante de ellos, compartiendo lo poco que podíamos, coincidía con mi petición a Cristo; entre petición y gesto no había ninguna interrupción. Este es exactamente el clima de la casa. De hecho, enseguida se me hizo evidente que para vivir no podía buscar un espacio individual, a base de recuerdos nostálgicos o incluso religiosos, sino que debía rezar mirando a Claudia, Rose, Rita, Silvia, porque lo que necesito es reencontrarme continuamente con el acontecimiento, con esa Presencia que, una vez reconocida, cambia la mirada y el sentimiento de uno mismo y de todas las cosas» (*Huellas*, n. 10/1994, p. III). La memoria de la Presencia del gran Acontecimiento cambia la mirada y el sentimiento de uno mismo y de todas las cosas.

El segundo testimonio está en la biografía *Luigi Giussani. Su vida*. Cuenta Savorana: «Para Giussani fueron meses marcados por el sufrimiento: espasmos, contracciones, dolores de estómago y problemas respiratorios. Una tarde de junio [2004], después de horas muy difíciles, Jone le escuchó exclamar: “¡Qué día más duro!”. Y enseguida: “Pero si vivo este día con la tensión por atravesar estas circunstancias, viviendo las ocasiones que permite el Misterio, estoy seguro de caminar mejor y más deprisa hacia el destino que veré un día, mucho mejor que si fuera conforme a mis proyectos para vivir este día. Por eso este día es bello, porque es verdadero”» (*Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 1190). Es bello porque es verdadero. El corazón es el reconocimiento de la verdad en la circunstancia. No hay que confundir el corazón con el sentimiento momentáneo, con el estado de ánimo. Por eso, incluso en este momento culminante de su vida, don Giussani reconoce que la fragilidad, la debilidad, es camino al Misterio.

Prosperi

La segunda pregunta es la siguiente: «Ante todo, quiero dar las gracias por el trabajo que monseñor Santoro nos está proponiendo, especialmente en la última presentación de la Escuela de comunidad. Me ha llamado la atención sobre todo una palabra que pronunció con fuerza monseñor Santoro: la palabra “juicio”. Me he preguntado estos días qué quería decir exactamente para mí y cómo esta palabra incide en mi vida. ¿Cómo ayudarnos a desarrollar un juicio común en relación a los desafíos que la vida actual nos plantea? O mejor, ¿cómo crecer mediante juicios que no sean solo formas de intelectualismo y que se traduzcan siempre en gestos que incidan concretamente en nuestra existencia y en la de los demás?».

Santoro

Esta pregunta pide explicar y profundizar en la diferencia que existe entre algo que se siente, que estoy sintiendo en este momento, y el juicio que sostiene la experiencia. Algo que se siente todavía no es experiencia. Lo que se siente llega a ser experiencia cuando se juzga, cuando se valora comparándolo con lo que importa. En *Si può (veramente?!) vivere così?*, Giussani escribe: «El contenido de la experiencia es la realidad. Un hombre está enamorado de una chica: esto es un hecho, un fenómeno. El poeta va paseando con las manos en los bolsillos y llega a este hecho. Este hecho entra en el horizonte de sus ojos, es decir, entra en el ámbito de lo que conoce. Puesto que es un fenómeno real, se convierte en objeto de conocimiento. Este es el inicio del fenómeno, pero no es todo. Frente a este objeto del conocimiento, los ojos del poeta se incendian de curiosidad, de simpatía, de aprobación, porque en ese fenómeno ve algo que le gustaría tener también a él, pero siendo un joven poeta quinceañero aún no lo vive así. Siente nostalgia: siente, es decir, reacciona con una sensación de envidia y con un deseo de poseer también él ese fenómeno. Hasta aquí no es experiencia, sino algo que se siente: un objeto de conocimiento, la presencia de un fragmento de realidad que se siente, que le hace reaccionar, en este caso espontáneamente. Si no tiene quince años, sino 35 –“en

medio del camino de nuestra vida”—, aunque no sea Dante y su objeto no sea Beatriz, el conocimiento de ese fenómeno que le provoca envidia suscita en él ciertas preguntas. Si él, con el tubo de resonancia de Quincke que es la lealtad... La lealtad original del hombre, la sinceridad del niño, es como el tubo de resonancia de Quincke. ¿Sabéis lo que es? *Intervención — No*. Primero de física en el liceo clásico. Tenéis siete láminas y un diapasón. Para saber cuál es la nota del diapasón, se pone delante de estas láminas y cuando llega al *Si* suena un estruendo. El diapasón está afinado en *Si*. El tubo de resonancia de Quincke muestra la naturaleza del poeta que, ante lo que siente, ante la envidia que siente, ante la nostalgia que siente, hace preguntas: “¿Esta satisfacción es real? ¿Responde de verdad a mi necesidad? ¿Es felicidad? ¿Es verdad y felicidad?”. Estas exigencias no nacen en lo que siente, pero nacen en él ante lo que siente, en él comprometido con lo que siente. Estas preguntas juzgan lo que siente [aquí entra en juego el juicio]. Aquí [¡aquí!] es donde se convierte en experiencia el mero sentir» (*Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milán 1996, pp. 81-82).

No es que haya que descartar el mero sentir; esa es la parte inicial, y llega a ser experiencia cuando se enmarca en un juicio. Un juicio, eso es la experiencia, una experiencia real y verdadera es aquella en la que el juicio de valor entra en juego. Por eso es realmente importante no confundir las cosas, como si lo que se siente fuera un “he hecho experiencia”. ¡No! Lo que se siente es la puerta de la experiencia. La experiencia es cuando juzgo lo que encuentro partiendo de la relación que ilumina mi vida entera. Hay otros muchos ejemplos, como el enamoramiento, que ya hemos visto. Para terminar, es importantísimo subrayar la diferencia entre lo que se siente y la experiencia, cuando lo que se siente está iluminado por el juicio.

Llegados a este punto, me gustaría introducir un texto riquísimo, «La fe en Dios es la fe en Cristo».

Voy a detenerme en dos aspectos:

- Los famosos «cinco “sin”», que suponen una de las mayores genialidades de don Giussani.
- La conclusión, que tenéis después de la asamblea.

¡Entremos ya en materia!

La lección anterior, la de la mañana de los Ejercicios de 1998, partía de la pregunta: «¿Cómo puedo conocer a Dios de tal manera que influya en mi vida?».

La lección de la tarde retoma esta pregunta y responde: para que Dios sea reconocido como todo en todo es necesario que cada uno de nosotros «intente imitar y seguir a Jesús».

Así, el primer punto da paso a lo que será la primera incidencia que opera la imitación de Cristo en nuestra vida: «Una mentalidad nueva» (pp. 86-91).

Leedlo con atención: es una invitación espléndida a un uso verdadero de la razón, que siempre hemos definido como conocimiento de la realidad según todos los factores.

1) LOS «CINCO “SIN”» DEL RACIONALISMO MODERNO

Ahora quiero llamar la atención sobre los «cinco “sin”». ¿Qué son?

- Son los rasgos de nuestro contexto cultural, hoy más que hace 25 años —diría—. En efecto, el nuestro es un contexto de racionalismo avanzado, moderno.

- Un contexto que es hostil a la fe como reconocimiento de una Presencia excepcional que nos atrae a adherirnos a Él.

- Un contexto donde la fe es cada vez más ajena a la vida, cada vez más incapaz de presentarse como fuerza transformadora de la realidad; algo que no afecta a la realidad, algo (como oí decir una vez) «de las nubes para arriba» (y no “de las nubes para abajo”). Mientras que la encarnación es precisamente que el Misterio ha entrado en la realidad. Estos días, por el trabajo que hice en la Comisión de Problemas Sociales (en relación con la Semana social de los católicos italianos) me han invitado a unos encuentros sobre comunidades energéticas. Allí me preguntaban: «¿Pero cómo es que tú —siendo obispo— te pones a hablar de comunidades energéticas?». Yo decía: «¿Por qué no iba a hacerlo? Si ahorramos energía, contribuimos a lo que el papa Francisco ha dicho, es decir, al cuidado de la casa común. Igual que cuidamos de las personas, que son un don para nuestra vida, nos preocupamos de la casa común». La propuesta que hicimos es que todas nuestras parroquias (¡25.600

parroquias!) puedan convertirse en comunidades energéticas, no solas sino con otros. «Pero, ¿por qué nos hablas de estas cosas si eres obispo?» «Pues sí, porque la fe no es “de las nubes para arriba”, sino “de las nubes para abajo”, y por eso llegamos hasta la defensa de la casa común, que es nuestro planeta, porque todo nos interesa, ¡todo nos apasiona!»

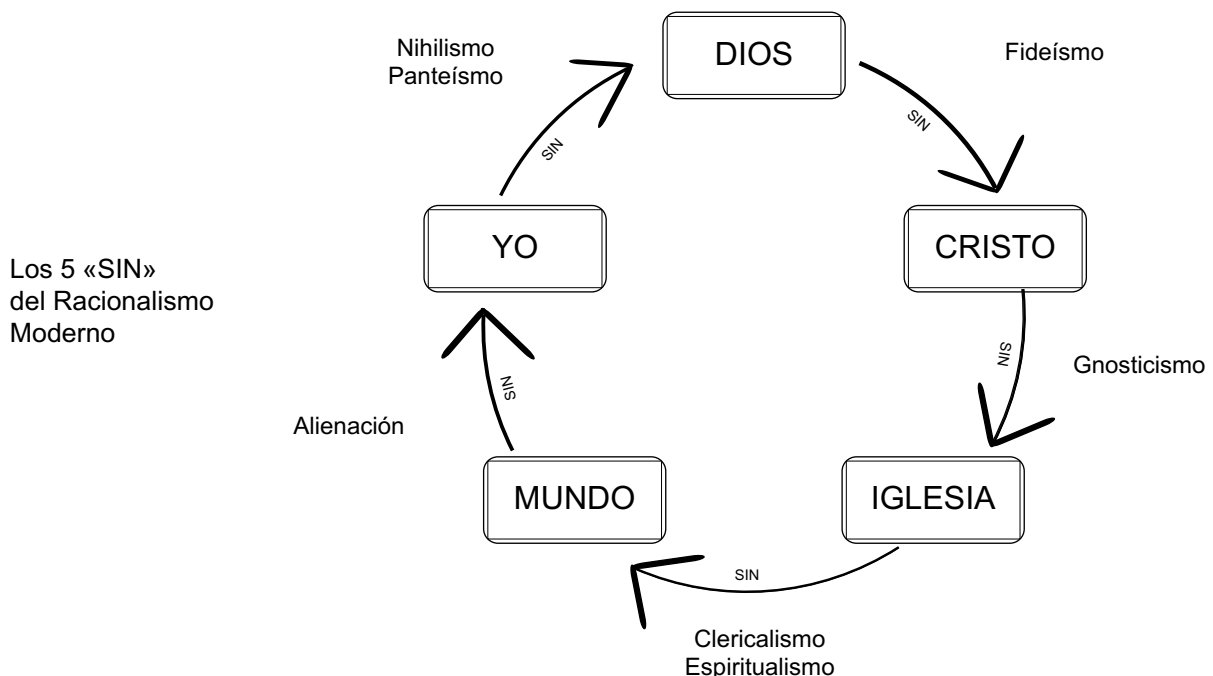
- Un contexto donde la fe, en vez de ser el reconocimiento de Su presencia excepcional, se confunde muchas veces con un genérico sentido religioso (por eso será importantísimo hacer el trabajo de *El sentido religioso*, todo el itinerario completo), y por eso se vacía de significado.

- Don Giussani llama a este contexto cultural el «racionalismo moderno», es decir, la ideología dominante.

- Pero nos alerta porque este contexto no solo le interesa a “los demás”. Poco o mucho, acaba contaminando nuestra propia mentalidad.

- Es un contexto cultural con el que debemos medirnos – en el trabajo, en el colegio, en la universidad, ¡a veces incluso en nuestro mundo eclesial!

Llegamos, por tanto, a los «cinco “sin”». Para ello he preparado una diapositiva sobre este recorrido que se visualizará en la pantalla.



1. Dios sin Cristo

La primera consecuencia del racionalismo es «Dios sin Cristo».

Es el fideísmo. Vivimos en un mundo donde puede haber una inspiración religiosa genérica.

Dice don Giussani: «La fe, como actitud real que vive el hombre en su relación con Dios no es genérica: *es fe en Cristo*. [...] La fe en Cristo supera el sentido religioso del mundo y lo aclara. La fe desvela el objeto del sentido religioso al que la razón no puede acceder» (p. 88). El sentido religioso nos hace intuir la existencia del Misterio, pero no lo comprende. «La fe en Cristo [...] consiste en reconocer una Presencia como excepcional, quedar impactados por ella y, consecuentemente, adherirse a lo que ella dice de sí misma. Se trata de un hecho: un hecho que hizo posible que en el mundo sugiera el cristianismo» (p. 88). El fideísmo se desarrolla «eliminando la racionalidad de la fe» (p. 91). Lo que no se admite es el anuncio de que solo a través de Cristo Dios puede revelarse a nosotros tal como es (cf. p. 91), puede alcanzarnos y poner en marcha nuestra vida.

Nosotros también sufrimos el influjo de esta actitud. Así, hasta en las relaciones más familiares –en el trabajo, en clase– es como si a veces tuviéramos “vergüenza de Cristo”.

2. Cristo sin Iglesia

El segundo aspecto inmediatamente consiguiente es «Cristo sin Iglesia».

Aquí don Gius remite a la gnosis. ¿Qué quiere decir? Se elimina el hecho de que Cristo se haga familiar, contemporáneo a cada uno de nosotros, conocido en nuestra vida, mediante una experiencia humana, una experiencia hecha de tiempo y espacio, hecha de relaciones humanas y, como cualquier realidad, también material.

Si falta este aspecto de la materialidad de la experiencia que el hombre tiene de Cristo, falta la posibilidad de esa contemporaneidad de Cristo, que es la verificación de lo que él dice de sí mismo: la Iglesia, es decir, la experiencia de la contemporaneidad de Cristo en la carne de los encuentros que caracterizan nuestra vida comunitaria.

¿Qué fuerza adquiere la afirmación de Tertuliano: «*Caro cardo salutis*», la carne es el quicio de la salvación! Eliminar la carnalidad, implicada en toda experiencia humana y por tanto también en la experiencia de Cristo, sitúa a Cristo y a la Iglesia en una abstracción.

Mientras que Cristo se convierte en una propuesta para la vida mediante un gesto compartido, una atención a la necesidad, una amistad, la invitación a gozar de una belleza. Dentro de una materialidad es donde se asoma la contemporaneidad de Cristo a nuestra vida (cf. p. 92).

3. Iglesia sin mundo

El tercer influjo que el racionalismo moderno ha causado en nuestra vida eclesial es una «*Iglesia sin mundo*».

Aquí el Gius indica dos peligros en los que podemos caer y que afectan de raíz al atractivo de la propuesta cristiana: el clericalismo y el espiritualismo.

En primer lugar, el clericalismo, es decir: partir de la preocupación por hacer respetar «normas establecidas para cada aspecto de la vida, tendentes a describir la actitud que hay que tener en cada circunstancia» (p. 97). Más que la propuesta de una vida, una jaula. ¿Entendéis por qué el papa Francisco habla siempre contra el clericalismo? ¿Cuál ha sido la principal preocupación del Papa estos diez años? Lo ha dicho muchas veces: el anuncio, la nueva evangelización, el primado de la evangelización sobre la defensa pura y dura de cuestiones éticas. En primer lugar, el anuncio de este Hecho sorprendente, que se encarna en una realidad concreta, la Iglesia, que dialoga con el mundo, con la realidad de todos, que entra en los problemas, que se acerca especialmente a los pobres, a los necesitados, a los sufrimientos del mundo. En este sentido, no puedo dejar de leeros el fragmento de Péguy que cita don Giussani:

«Así pues, navegamos constantemente entre dos curas, maniobramos entre dos bandas de curas; los curas laicos y los curas eclesiásticos; los curas clericales anticlericales, y los curas clericales; los curas laicos que niegan lo eterno de lo temporal, que quieren deshacer, desmontar, lo eterno de lo temporal, de dentro de lo temporal; y los curas eclesiásticos que niegan lo temporal de lo eterno, que quieren deshacer, desmontar, lo temporal de lo eterno, de dentro de lo eterno. Así que ni unos ni otros son cristianos, puesto que la técnica misma del cristianismo, la técnica y el mecanismo de su mística, de la mística cristiana, es esto: un ajuste, de una pieza, de mecanismo, en otra; un encaje, de las dos piezas, ese ajuste singular; mutuo; único; recíproco; indestructible; indesmontable; de lo uno en lo otro y de lo otro en lo uno; de lo temporal en lo eterno, y (*pero sobre todo*, lo cual se niega más a menudo) (lo cual de hecho es más maravilloso) de lo eterno en lo temporal» (pp. 94-95).

En segundo lugar, el espiritualismo, es decir, la fe yuxtapuesta a la vida. Una propuesta abstracta, que no interfiere con los problemas, con la mentalidad del mundo, que no arriesga una posición, que evita las cuestiones sociales “calientes”. Se vive una tibieza intimista, autorreferencial, carente de incidencia, carente del gusto por batallar.

Un espiritualismo evanescente. ¿Pero a qué tipo humano puede atraer una propuesta así?

De nuevo, viene a nuestro encuentro Péguy:

«Los que toman distancias respecto del mundo, los que se elevan rebajando al mundo, no se ensalzan. Puesto que no tienen la fuerza y la gracia de ser de la naturaleza, creen que son de la gracia. [...] Puesto que no tienen el coraje de lo temporal, creen haber comenzado ya a penetrar en lo eterno. Puesto que no tienen el coraje de estar en el mundo, creen que son de Dios. Puesto que no tienen el coraje de ser de uno de los partidos del hombre creen ser del partido de Dios. Puesto que no aman a nadie, creen que aman a Dios» (p. 97).

El espiritualismo habla de la resurrección de forma sentimental: como devoción, como recuerdo. La resurrección no es un presente y la salvación aún no ha comenzado.

En lugar de «Iglesia sin mundo», san Agustín habla de «*Reconciliatus mundus, Ecclesia*» (p. 95): la Iglesia es el mundo reconciliado, el mundo que recupera su unidad consigo mismo y con Dios. La fe anuncia y tiende a realizar, en los límites de lo posible, la salvación de un presente.

4. Mundo sin yo

Cuarta consecuencia: si el mundo no se reconcilia con Dios, la persona no encuentra un lugar donde florecer: «*mundo sin yo*».

En vez del «ámbito en el que Cristo, con el tiempo, lleva a cabo la redención del hombre y de la historia», el mundo acaba siendo el «ámbito de la existencia definido por el poder y sus leyes» (p. 98).

La última consecuencia de todo esto es «la pérdida de la libertad», la abolición de la libertad: «una abolición que no se proclama teóricamente pero que se vive en la práctica» (p. 98).

El Gius llama a todo esto alienación. Nuestra persona no llega a ser protagonista de la historia.

Cuántas veces nos ha citado don Giussani esta frase de Jesús: «“¿Pensáis que habrá todavía fe en la tierra cuando vuelva el Hijo del Hombre?”». Este “mundo” es el lugar negativo y alienante donde se niega el yo, [...] donde el significado de vida –del tiempo, del espacio, del trabajo, del afecto, de la sociedad– no nace de la pertenencia a Cristo mediante la pertenencia a la Iglesia» (p. 99).

Si nuestro yo está alienado, la escuela, la universidad, nuestro lugar de trabajo pierden la aportación original de nuestra persona, la aportación original que el yo debe dar, que está llamado a dar, dentro de la realidad.

5. Yo sin Dios

Quinta consecuencia: este yo, alienado, sumiso al mundo, es un «*yo sin Dios*».

Un yo que no está delante de su Señor para darle las gracias por la intensa vida que le ha donado o para lamentarse por las duras circunstancias que le hace atravesar (¡cuántos salmos expresan, con dignidad y un abandono último, este lamento!).

Un yo sin Dios no puede evitar el tedio o la náusea. Por lo que se deja llevar: se siente como una partícula del todo (panteísmo) o cae presa de la desesperación (nihilismo) (cf. p. 99).

El panteísmo, en efecto, lleva a sentirse como una partícula indistinta dentro del todo, insignificante en este mundo, antes de sumergirse en el gran océano del todo. «La idea de estar sumergido en un mundo en el que uno se disuelve con voluptuosidad» (p. 99), dice Claudel.

La versión más trágica es el nihilismo: caer presa del mal y de la nada, es decir, de la desesperación.

Después de la parte dedicada a los «cinco “sin”», el tercer punto de la lección se titula «La moralidad nueva» (p. 100).

Aquí el Gius muestra cómo la fe en Cristo no solo produce una mentalidad nueva (es decir, una mentalidad que rechaza los «cinco “sin”» del racionalismo moderno), sino también una moralidad nueva, una nueva manera de tratar a las personas y las cosas.

Leeréis todos estos puntos que permiten comprender la extraordinaria definición de moralidad nueva que da don Gius: «La moralidad nueva [...] es el reconocimiento amoroso de una Presencia que guarda relación con nuestro destino» (p. 100). La moralidad: este instante es moral porque es el reconocimiento amoroso de una Presencia ahora, que guarda relación con nuestro destino.

Así la gloria de Cristo puede convertirse en la pasión de un joven o de un adulto, como dice don Giussani en esta referencia a la moralidad (p. 105).

2) «SOLO EL ASOMBRO CONOCE»

Al término de la asamblea, el Gius concluye los Ejercicios retomando con fuerza la frase de san Gregorio de Nisa: «Los conceptos crean ídolos, solo el asombro conoce» (p. 116).

Vamos a detenernos atentamente en estas tres páginas en las que, hablando sin papeles, Giussani retoma una dimensión fundamental de nuestro movimiento: uno se adhiere a algo *que exige sacrificio* por la fuerza de atracción que tiene. Como Juan y Andrés, ¡qué fascinante debía ser aquel hombre para ellos!

La manera con la que Cristo nos ha convencido, nos ha atraído y nos atrae, es la belleza, la fuerza sugestiva de una Presencia. Así fue con el Señor, así fue con don Giussani, así es ahora para cada uno de nosotros.

1. Pensemos primero en el Señor (porque este es el método que usó Dios).

Veamos cómo el Gius nos hacía revivir la página del relato de la viuda de Naín (y de esa Presencia que atrae y conmueve). «Llevaban al sepulcro a su hijo de diecisiete años y ella era viuda, lloraba desesperada, y Jesús le dice: “¡Mujer, no llores!” “¡Mujer, no llores!” y le devuelve a su hijo. ¿Por qué “¡Mujer, no llores!” y le devuelve a su hijo? Un Dios glacial, de cristal gélido, realizaría tranquilamente la resurrección igual que obra la creación. Habría sido casi más digno de Dios... bueno, sin casi; habría sido más digno de Dios decir: «¡Levántate!» y devolvérselo a su madre. Decir: “¡Mujer, no llores!” es como ceder en algo. Cede, es como un ceder. Es un hombre, es un hombre... Dios es un hombre, es más humano que los hombres: se llama compasión, la gratuidad de Dios está llena de compasión» (*Si può (veramente?!) vivere così?*, cit., p. 488).

Cristo atrajo hacia sí a los primeros, igual que sigue atrayendo a cada uno de nosotros, por la excepcionalidad de Su humanidad, que hemos vislumbrado, que hemos percibido, que nos ha tocado, que nos sale al encuentro constantemente.

2. Pensemos en el Gius

Nos decía el Papa en Roma: «Don Giussani atraía, convencía, convertía los corazones porque transmitía a los otros lo que llevaba dentro después de su experiencia fundamental: la pasión por el hombre y la pasión por Cristo como cumplimiento del hombre. Muchos jóvenes lo han seguido porque los jóvenes tienen un gran olfato. Lo que decía venía de su vivencia y de su corazón, por eso inspiraba confianza, simpatía e interés» («Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera», supl. a *Huellas*, n. 10/2022, pp. 11-14).

3. ¡Cuántos episodios de su vida nos han sorprendido por su inteligencia y su carga de afecto! Personalmente, un momento que me marcó mucho fue cuando, siendo diácono, fui a hablar con él. En el diaconado se elige, si se acepta, el celibato. Don Giussani me dijo: «La palabra justa no es celibato, sino virginidad». Después de hacer la meditación, fui a pedirle ayuda porque era una decisión importante en mi vida. Me dijo: «Piensa que la virginidad indica la forma que tenía Jesús de amar, ¿tú quieres eso?» «¡Cómo no!». Añadió que era la forma de amar que tenía Jesús resucitado después de la resurrección, una potencia de otro mundo, extraordinaria, la forma de amar que tendremos todos el último día, un adelanto de lo definitivo. ¿Cómo no conmoverse ante alguien que te dice algo así? Es justamente un asombro, una maravilla. Entonces se acepta el diaconado, el sacerdocio y se ofrece uno entero, la propia vida, al Señor. Yo pensaba: «Si pierdo esto, ¡lo pierdo todo!». Totalmente razonable y lleno de atracción. Don Giussani nos atraía hacia Cristo por lo excepcional de su humanidad, no solo por lo que nos decía. Era una atracción que pasaba a través de su humanidad.

4. Pensemos en cómo vuelve a suceder hoy el encuentro

Basta recordar el testimonio de Hassina delante del Papa. Su madre, viendo la experiencia de su hija, decía de Portofranco, es decir, de una obra que nació de la experiencia viva de Cristo: «Para mí ha sido como un marido porque me ha ayudado a educar a mi hija» («Que arda en vuestros corazones...», cit., p. 7).

El encuentro vuelve a suceder hoy por la excepcionalidad de una experiencia humana que estamos llamados a vivir y que está en el corazón de toda nuestra vida, aun con todos los problemas que haya, aquí dentro vive esta experiencia guiada al destino, siguiendo el camino que la Iglesia nos indica, siguiendo sobre todo el carisma como don insuperable recibido en nuestra historia.

Es una humanidad que mueve, que conmueve, que consuela, que reanima, que nos relanza a la vida. Es una humanidad que hace sencilla nuestra adhesión, solo se nos pide «la sencillez del niño»: «libres y verdaderos, transparentes» (pp. 116 y 118).

Este es el tema de la conclusión de Giussani: «Solo el asombro conoce».

Esta es la clave para seguir la invitación del Papa: «Os animo a encontrar los modos y los lenguajes para que el carisma que don Giussani os ha entregado alcance nuevas personas y nuevos ambientes».

Es una invitación a la misión, a que este asombro que conoce alcance a nuevas personas y nuevos ambientes «para que sepa hablar al mundo de hoy, que ha cambiado respecto a los inicios de vuestro movimiento» («Que arda en vuestros corazones...», cit., p. 15). El sentido de esta invitación es: «Todo ese asombro, esa maravilla que conoce, comunicadla con coraje a todos». Esta es la invitación extraordinaria que hemos recibido: el Papa nos ha dicho que lo que urge es la evangelización. ¿Y cómo se puede evangelizar? Partiendo del asombro encarnado en una experiencia, en un carisma, en una historia, en un camino, en el que estamos nosotros con la gente del mundo donde vivimos.

Es la misma invitación que nos propone don Giussani en la página final del texto que retomamos hoy. «Estamos llamados a descubrir en nuestra educación la manera de percibir, de hacer que salga a la luz y de afirmar la fuerza sugestiva de una propuesta». Afirmar la fuerza sugestiva de una propuesta, esa es la cuestión: la misión como la fuerza sugestiva de una propuesta que nos toca y a través de nosotros toca también a las personas con las que nos encontramos normalmente en la vida, en el camino cotidiano. «Solo si la propuesta es sugerente la tomamos en serio» (pp. 117-118). Es una propuesta de la misión sin reticencias, una propuesta sugerente.

Me han pedido que explique la frase que dije durante la última presentación de la Escuela de comunidad: «Estos años hemos confundido muchas veces la necesidad de evitar la superioridad en el juicio para no parecer orgullosos –cosa que nunca debemos ser– con la renuncia a cualquier juicio. Hemos llegado incluso a teorizar que el juicio, como tal, es divisivo y por tanto nos aleja del otro» (Presentación, 25 de enero de 2023). Frente a la fuerza sugestiva de la propuesta, no podemos permanecer indecisos; y aunque nunca se nos pida formalmente por escrito la renuncia o abstención ante una postura clara, no podemos permanecer indecisos, no podemos eximirnos de un anuncio decidido. El Papa nos ha reclamado una pasión misionera más intensa. «Tened en el corazón el don valioso de vuestro carisma y la Fraternidad que lo custodia, porque este puede hacer “florecer” todavía mil vidas» («Que arda en vuestros corazones...», cit., p. 14). Este es el punto que orienta todo el camino. Nuestra propuesta se da profundizando en la naturaleza del sujeto que somos, proponiendo con entusiasmo, de forma comunitaria, el encuentro que nos fascina y arriesgando un juicio sobre las circunstancias que vivimos y sobre el contexto cultural donde nos encontramos. Esto sucedió desde las primeras clases de Giussani en el Berchet. En sus primeras clases discute con los alumnos, luego ve al profesor de historia y filosofía y ataca, interviene. Y todos tienen que enfrentarse a un uso correcto de la razón. ¡Porque esa es la cuestión! Se trata de hacerse presente en la realidad.

El origen de esta fuerza de sugestión no es una técnica ni un plan pastoral, ni la repetición teórica de un discurso o un método; es un acontecimiento imprevisto. El Papa lo resumía con estas palabras: a don Giussani «le había impresionado el descubrimiento del misterio de Cristo». Y «el estupor y la fascinación de este primer encuentro con Cristo ya no lo abandonarían» («Que arda en vuestros corazones...», cit., p. 11). Aquí está la fuente de su «genialidad pedagógica y teológica» (*ibídem*, p. 8). Por eso no es una técnica, un plan pastoral ni un conjunto de reglas, sino un anuncio, un acontecimiento imprevisto.

Es precioso pensar que esta «impresión», esta gracia, se convirtió en él en una audacia, una fuente inagotable de creatividad, de búsqueda de formas más eficaces, sin dudar en cambiar de formas y maneras cuando las circunstancias lo sugerían:

- el gramófono que llevaba a clase –¡impresionante!– para poner música que evocara el ideal;
- los poemas de los grandes autores que amaba;
- las vacaciones ante la belleza de las cimas de los Dolomitas;
- el Via Crucis ante la imponente belleza del mar de Varigotti;
- la valoración de los cantos de los primeros jóvenes que lo seguían;
- una lectura humanísima del evangelio; no cito los pasajes, los escuchamos mientras nos preparábamos para la audiencia con el Papa en la plaza de San Pedro (entre paréntesis, todos los monseñores y cardenales que oí decían: «¡Nunca hemos visto a una plaza rezar así!»);
- la puesta en común de fragmentos de cartas que recibía;
- la sorpresa –esto también era extraordinario– de llamarte por teléfono para preguntarte por qué esa tarde te había visto más sombrío. «Filippo, ¿qué te ha pasado?», lo habrá hecho también con muchos

de vosotros. Una vez le llamé por la mañana, muy temprano: «Perdona si te despierto». Y él: «No, ¿eres tú quien debe dormir un poco más la mañana!».

¡Y qué libertad respecto a las formas! ¡Cuántas veces el movimiento cambió de gestos y formas a lo largo de su historia! Es precisamente un camino, un camino que avanza y crece.

Al principio fue el *raggio*, luego la Escuela de comunidad y después los grupos de Fraternidad; y ahora el Papa nos llama a desarrollar el potencial de nuestro carisma y para ello un momento decisivo –presidente– es retomar el trabajo en los grupos de Escuela de comunidad. ¡Trabajemos en esa fuerza de sugestión!

Por tanto:

- ¿Cuándo hoy, cuándo –en tu experiencia o la de tus amigos– se muestra más sugerente la propuesta?
- ¿Cómo podrían hablar mejor nuestros grupos de Escuela de comunidad al corazón de quien nos encontramos? Tú invitas a alguien si estás seguro de que ese encuentro puede tocar tu corazón, si no esperas nada, ¿no lo invitas!

- ¿Cómo juzgar las numerosas expresiones del «racionalismo moderno» con que nos topamos, mostrando la belleza del juicio nuevo que portamos?

Pidamos al Señor que nos haga apasionados por Él, creativos, para que Su atractivo pase también a través de nosotros, ¿no hay «Cristo sin Iglesia» y no hay «mundo sin yo»!

Hagamos que la lección de hoy y estas preguntas finales sean objeto de diálogo entre nosotros.

Gracias a todos.

Prosperi

Soy yo quien te da las gracias –no solo en mi nombre, sino en el de todos nosotros– por habernos acompañado e introducido en este texto tan denso y decisivo en el camino del movimiento. Creo que vale la pena –retomando esta última insistencia de don Filippo– recordar por qué hemos elegido esta modalidad de presentación, evidentemente sugerente, para acercarnos al trabajo de la Escuela de comunidad. Un trabajo sobre un texto extremadamente fascinante, tanto como denso, que exige por tanto un trabajo serio de comparación con el contenido de la propuesta, que no es otra cosa que el condensado de la experiencia de este hombre –don Giussani– al que cada uno de nosotros debe, directa o indirectamente, el encuentro que le ha traído aquí esta noche.

¿Por qué este método? Lo repito: para tomar en serio hasta el fondo el contenido propio de esta propuesta, prestando atención a los pasajes del texto en los que don Filippo –por eso le damos las gracias– nos ha ayudado a penetrar con precisión y atención. Todo el trabajo consiguiente de comparación y puesta en juego de nuestra experiencia personal (que, por lo que a mí respecta, ya se iba activando mientras él hablaba) tiene lugar comunitariamente, dentro de nuestras comunidades, y de ello somos totalmente responsables porque es un trabajo que se nos pide a cada uno de nosotros.

Por tanto, hasta finales de abril el trabajo de Escuela de comunidad será sobre la parte del libro *Dar la vida por la obra de Otro* que se ha presentado esta noche, de la página 86 a la página 118.

Escuela de comunidad. A partir del mes de mayo, comienza el trabajo de Escuela de comunidad sobre *El sentido religioso*. El martes 2 de mayo, a las 21:00 h, en el teatro Dal Verme de Milán, habrá un encuentro de presentación con don Javier Prades –con motivo de la reedición del libro, que contiene un prólogo firmado por el entonces arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio–, que dará inicio al trabajo. Este encuentro quiere ser un gesto público y misionero. Las comunidades de Italia y del resto del mundo podrán organizar encuentros para conectarse donde invitar a personalidades públicas, amigos, compañeros y conocidos.

Aprovecho la ocasión para recordar a todos que en diciembre ha salido el podcast sobre *El sentido religioso*. Supongo que todos lo conocemos, pero insisto en sugerir su difusión entre amigos, conocidos, compañeros y demás. Como sabéis, este *podcast* recoge los cursos que sobre este tema impartió don Giussani a los universitarios de Milán entre 1978 y 1985. Está disponible en las principales plataformas de *podcast*.

Caritativa. Me interesa, y mucho, que nos ayudemos a enfocar y centrarnos en ciertos aspectos cruciales referidos al gesto de la caritativa. La caritativa se distingue, como sabemos por la educación que hemos recibido, de un voluntariado genérico precisamente porque es un gesto. El gesto porta un significado –del latín *gero*, que porta un significado– que da sentido y forma a la propia acción. En el cuaderno *El sentido de la caritativa*, don Giussani dice: «Partimos de que el interés por los demás es una *exigencia* propia de nuestra naturaleza» (p. 5). Puesto que la necesidad de hacer el bien responde a una exigencia común a todos los hombres, la caritativa también es una gran ocasión de encuentro y de misión. Muchas personas que no forman parte del movimiento pueden encontrarse con nosotros y con el origen de nuestra experiencia a través de un gesto como la caritativa, justamente porque corresponde a una necesidad personal de todos. A propósito de esto, lo que quiero destacar se refiere a la razón por la cual la caritativa es un gesto, tal como nace originalmente, como una dimensión nuestra, de nuestra presencia, pero que es ante todo un gesto educativo de la persona, es decir, de cada uno de nosotros. La caritativa nace comunitariamente, se hace dentro de la comunidad. Por tanto, la propuesta la hace en primer lugar el que guía la comunidad. La caritativa no es simplemente una iniciativa que se hace porque hay una necesidad aquí o allí, sino que es un gesto educativo en el que se participa de una forma que tendencialmente es comunal. En consecuencia, debe haber también un lugar donde verificar la experiencia que se vive y esa verificación es personal, dentro de un ámbito comunitario donde nos ayudamos a juzgar lo que se está viviendo, lo que se experimenta, las dificultades que hay. Este lugar es la comunidad. No tenemos referentes especiales para la caritativa ni autoridades propias del ámbito de la caritativa, pues es una dimensión de la vida de la comunidad. Por tanto, como tal, el ámbito privilegiado para juzgarla es la Escuela de comunidad, la vida de la comunidad. Por eso recomiendo que, a lo largo del recorrido de la Escuela de comunidad, en las comunidades se dedique un momento de reflexión a los gestos de caritativa propuestos para ayudarnos a entender cada vez mejor su valor.

Cartel de Pascua. El Cartel expresa el contenido de nuestro camino, de la mirada que ha marcado nuestra vida. El movimiento propone el Cartel como instrumento misionero –¡no es simplemente para colgarlo en la habitación!–. En la web de CL se publicará el video del Cartel, pensado para poderlo compartir también en formato digital. Veamos juntos el estreno.

[*proyección del video del Cartel de Pascua*]

Santoro

Para que recomenzar sea un verdadero acontecimiento entre nosotros, digamos juntos

Gloria

Gracias a todos y buenas noches.

Prosperi

Gracias.